

namente; pues como el pintor levantara el lápiz, retrocedieron aterrorizados los dos primeros que, empujando á los que les seguían, dieron con todo el ejército patas arriba, sin que del percance ni ellos mismos se librasen. Hasta el gobernador prorrumpió en una ingenua carcajada.

ARCILLA

DESPUÉS de haber contemplado el espectáculo de las grandes ciudades decaídas, de un pueblo moribundo y de un país bello, pero triste; después de tanta soñolencia, tanta decrepitud, tanta ruina, he ahí el trabajo eterno y la inmortal juventud, el aire que reanima la sangre, la belleza que vuelve la alegría al corazón, la inmensidad sobre la cual se espacia el espíritu! ¡He ahí el Océano! ¡Con qué estremecimiento de placer lo saludamos! ¡La inesperada aparición de un amigo ó de un hermano no nos habría sido más grata que la vista de aquella lejana curva luminosa, que cual luz inmensísima cortaba delante de nosotros á cercén los tallos carcomidos del islamismo, la esclavitud y la barbarie, y al par semejaba que condujera más libre y veloz nuestro pensamiento á Italia! — ¡*Bahr-el-Kibir!* (El mar grande), — exclamaron algunos soldados. Otros dijeron: — ¡*Bahr-el-Dholma!* (El mar de las tinieblas). — Todos, involuntariamente, apresuramos el paso: las conversaciones que comenzaban á languidecer se reanimaron: los esclavos entonaron cánticos sagrados: la caravana entera en breves minutos tomó un aspecto de fiesta y alegría.

La noche del 19 de Junio la pasamos acampados á tres horas de Larache, y al otro día entramos en la ciudad á cuya puerta fuimos recibidos por el hijo del gobernador, veinte soldados sin armas ni calzones, formados á lo largo de la calle, un centenar de muchachos andrajosos y una banda compuesta de un tambor y un corneta, que al cabo de poco rato se presentaron á reclamar la propina, ejecutando un desgarrador concierto en el patio del agente consular de Italia.

Sobre aquella costa, sembrada de ciudades muertas, tales como Salé, Azamor, Safi y Santa Cruz, Larache conserva todavía alguna vida comercial, que basta para que se la considere como uno de los principales puertos de Marruecos. Fundada en el siglo xv por una tribu berberisca; fortificada á fines del mismo por Muley-ben-Nassar; cedida á España en 1610; reconquistada por Muley Ismael en 1689; floreciente aún á principios de este siglo; con una población de unos cuatro mil habitantes entre moros y judíos, se levanta sobre la pendiente de una colina á la izquierda de la desembocadura del Kus, el Lixus de los antiguos, el cual le forma un puerto ancho y seguro, cerrado, sin embargo, por una barra de arena que impide puedan penetrar en él los buques de alto bordo. En el puerto yacen abandonados los cascos de dos pequeñas cañoneras, último miserable resto de la flota que en otro tiempo condujo á España el ejército conquistador y destruyó el comercio europeo. Sobre la derecha orilla del río se ven todavía algunas ruinas de la ciudad romana llamada Lixus. Detrás de la colina se levanta un bosque inmenso de árboles gigantescos. La ciudad sólo encierra de notable una plaza mercado rodeada de pequeños soppales, sostenidos por columnitas de piedra; pero vista en con-

junto desde el puerto, destacándose por su blancura sobre el fondo verde de la colina, ceñida en derredor por una elevada muralla almenada, de un color oscuro, reflejándose en las azuladas aguas de la corriente, y bajo aquel cielo límpido y sereno, ofrece un aspecto muy agradable, pero un sí es no es melancólico, no obstante la viveza de los colores, cual si moviese á compasión ver aquella bonita ciudad tan sola y silenciosa, sobre aquella costa berberisca, ante aquel puerto abandonado, en presencia de aquel mar inmenso.

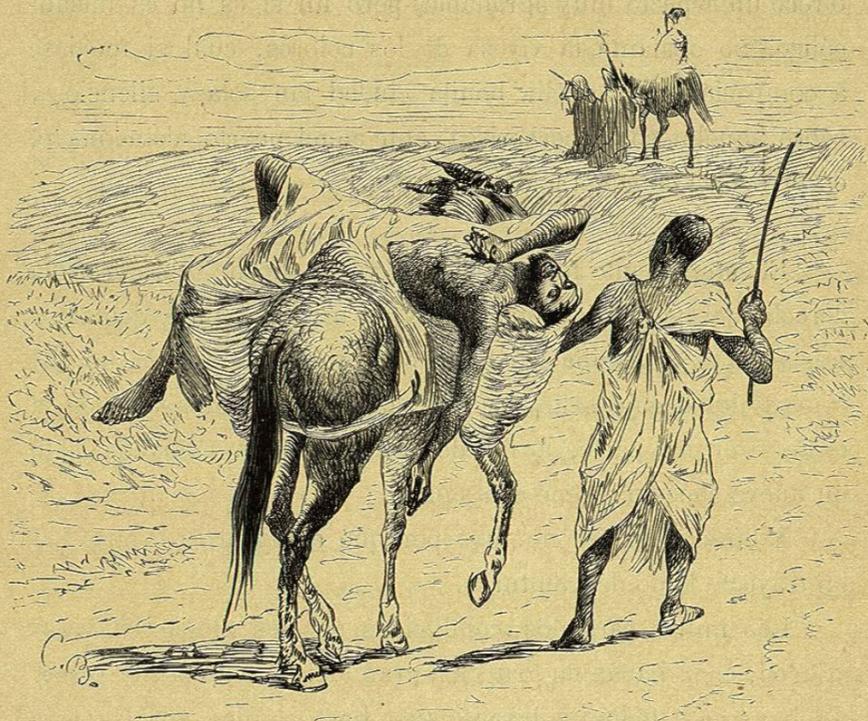
El campamento fué establecido ya de noche sobre la orilla derecha del Kus, y levantado muy de mañana, pues debíamos trasladarnos á Arcilla, distante cuatro horas de Larache. El convoy del bagaje salió por la mañana y la embajada por la tarde. Por mi parte, á fin de contemplar la caravana bajo un nuevo aspecto, fuíme con aquél.

Y en verdad que no tuve por qué arrepentirme, pues fué un trayecto lleno de aventuras.

Los mulos cargados, conducidos por los muleteros y los criados, marchaban en grupos á gran distancia unos de otros. Adelantéme á todos, y durante una hora caminé por la parte más elevada de las colinas, sin encontrar más que una mula, conducida por un criado árabe y cargada con dos sacos de paja, sobre el uno de los cuales descansaba la cabeza y en el otro los pies, un palafrenero del embajador que, acometido por intensísima calentura, gemía tan tristemente que movía á compasión hasta á las piedras. El pobrecillo estaba de este modo echado á través de la mula, con la cabeza caída, el cuerpo contraído y el sol en el rostro, y de esta suerte venía desde Karia-el-Abbassi, y así debía llegar hasta Tánger! Del propio modo son transportados en Marruecos todos los enfer-

mos que carecen de recursos para alquilar una litera y un par de mulos, y ¡aún felices aquellos que pueden apoyar la cabeza en un saco de paja!

Desde la colina descendí á la orilla del mar.



Un enfermo viajando

Aquí alcancé al cocinero, á Luis y á Ranni, que se me reunieron y ya no me dejaron hasta llegar á Arcilla.

Durante una hora fuimos trotando sobre la arena, abandonando de cuando en cuando el camino recto para evitar la marea.

El cocinero que, durante el viaje, no había encontrado coyuntura para hablarme con toda libertad, aprovechó la que se le ofrecía para abrirme el corazón.

¡Pobre muchacho! Todas las aventuras del viaje; todas las grandes cosas que durante el mismo presencié, no fueron bastantes á borrar de su mente una idea que le atormentaba desde la primera semana de su permanencia en Tánger. Semejante malestar nacía de una jaletina mal confeccionada, que preparó un día en que comió en casa del ministro de Francia; jaletina que, en el concepto del embajador, dejó abierta una brecha á su reputación de cocinero, y que, sin embargo, no había salido mal por culpa suya, sino porque no estaba bueno el Marsala en Fez. La corte, Mequinez, el Sebú, el Océano, todo lo había visto, todo lo contemplaba al través de aquel disco de caldo cuajado. Mejor aún, ni había visto ni veía cuanto tenía al alcance de sus ojos, porque si bien vivía en cuerpo en Marruecos, en cuanto al espíritu no se había separado de la plaza Castello. Quise que me diera cuenta de sus impresiones de viaje: reducíanse á muy poca cosa. No sabía *concebir quién fuese el pedazo de bruto que había estampado aquel país*. Díome cuenta de sus trabajos; de sus luchas con los marmitones árabes; de las dificultades en que se había visto para disponer comidas en medio de los *desiertos*; de su inmenso deseo de volver á Turín; pero por fas ó por nefas, la conversación recaía siempre en la malhadada jaletina del ministro de Francia.

—¿Que yo ignoro mi obligación? Hágame un favor: vaya cuando estemos en Turín, — me decía tocándome el brazo para distraerme de la contemplación del Océano, — vaya á preguntárselo al conde tal, á la condesa cuál, á quienes he servido durante tantos años. Pregúnteselo al general Ricotti, ministro de la Guerra, que hace cinco años es ministro y hace cuanto quiere; vaya y pregúntele si sé hacer ó no la jaletina! Pero vaya, hágame este obsequio, páse-